

La evolución del concepto del yo, en la obra de Freud, y sus consecuencias

«...el centro del lenguaje: no el diálogo, el yo y el tú, ni el yo reduplicado, sino el monólogo plural —la incoherencia original, la otra coherencia.»*

O. PAZ, **Corriente alterna**

«...y soy como alguien que viese pasar por la calle mucha gente y simultáneamente sintiese dentro las almas de todos —lo que tendría que realizar en una unidad de sensación— al mismo tiempo que veía los varios cuerpos —ése tenía que verlos diferentes— cruzarse en la calle llena de movimientos de piernas.»

F. PESSOA, **Libro del desasosiego**

«“It’s a Snark!” was the sound that first came to their ears, / And seemed almost too good to be true. / Then followed a torrent of laughter and cheers: / Then the ominous words “It’s a Boo!”.»

L. CARROLL, **The Hunting of the Snark**

Roberto HARARI

I. NOTA INTRODUCTORIA

La vastedad y la trascendencia del tema solicitan la explicitación de ciertas referencias atinentes a los presupuestos metodológicos y expositivos del trabajo que sigue.

En primer término, cabe dilucidar que el vocablo «evolución», tal como reza en el título, será considerado en la acepción que lo nombra en tanto «desarrollo o transformación de las ideas o teorías», adoptando para «desarrollo» el sentido de explicar una teoría y llevarla hasta sus últimas *consecuencias* (1). Según se aprecia, en lo subrayado aparece el último término del título asignado a este texto; con todo, es claro que tal no es —a mi entender— la inteligibilidad que cabe desprender de

aquél, ya que más bien puntuaría la remisión a las consecuencias clínicas y técnicas que arrojan las variancias en el concepto del yo. Ahora bien, unas consecuencias no excluyen a las otras; vale decir, que la particular concepción que se tenga del yo determina, de modo decisivo, la concepción teórica que se tenga del psicoanálisis freudiano.

¿Por qué esta aclaración? Pues para contraponerla a la teoría evolucionista, la que «determinaría» que el título hace alusión a una suerte de progresismo conceptual según el cual se pasaría de una homogeneidad indiferenciada, quizá hasta confusa, a una heterogeneidad diferenciada «clara y distinta». *Weltanschauung*, sí, que propone una intelección «superadora», so pena de no apreciar en sus justos términos la lección ejemplar y genial que FREUD nos transmitiese «en estado

(*) Subrayado en el original.

práctico» —al decir althusseriano—: «vuelve a empezar» un *Abriss* del psicoanálisis cuando su vida estaba a punto de extinguirse y, no contentándose con ello, para colmo de enseñanza lo deja inconcluso, abierto. Porque el hecho es que FREUD inaugura un campo cuyas fronteras epistemológicas traza una y otra vez, dado el riesgo cierto que amenaza a todo psicoanalista: el de perder el psicoanálisis. De ahí que, vivencialmente, tantas veces nos parece que se trata de «volver a empezar» a ser analista. Congruentemente con ello, se verifica que el solo y mero transcurso del tiempo —¿cuál?— no es garantía ni aval en nuestra disciplina. Saber sabido de la misma, por ende, que puntúa FREUD con un efecto de enseñanza que es también acto de transmisión: el «último» FREUD no es mejor que el «primer» FREUD. Tampoco, desde ya, es «peor»; si no, incurso en la convicción contraria, sucumbiríamos al mito del origen, que siempre hace suspirar por el paraíso perdido. Recorrer en cierto decurso cronológico su obra, entonces, no comporta sino la adopción de un orden expositivo que, según se verá, incluso no puede sostenerse en una sucesividad estricta, pues la estrictez debe ser conceptual. Se me podría replicar con toda justicia, empero, lo siguiente: ¿no es que FREUD va «desarrollando y transformando» su teoría del yo? En efecto. Pues entonces, ¿no implica esto que él va precisando, delimitando, circunscribiendo con notas más afinadas su concepto del yo? ¿Por qué transformarlo, si no? Porque sus formulaciones tienden a burilar las respuestas que el trabajo clínico le proponía con los interrogantes que iban elevándose paulatinamente; historización sintomal, por consecuencia, que advertía FREUD una y otra vez al certificar que aquello que hasta ayer era eficaz, hoy ya no lo era, entre otras cosas por la asimilación —¿o apropiación?— del psicoanálisis por parte del discurso corriente. Otro efecto de enseñanza: el psicoanálisis freudiano seguirá siendo el mismo, si escucha los llamados

de los analizantes que lo convocan a su mudanza. ¿Paradoja? ¿Aporía insoluble? En modo alguno, ya que, a mi entender, ese es canónicamente FREUD, esa es su lección paradigmática: uno y plural, su osadía creativa no lo clausuró en una «ortodoxia» de la cual fue el primero en abjurar. Campo y frontera, espacio teórico cuya construcción y desbroce reconocen idas y vueltas, avances y retrocesos, retornos a lo no igual, progresos que son rescate de lo perdido: he ahí cómo entiendo el recorrido en el que cabe acompañar al genio impar de FREUD.

También se podría decir que lo antedicho sería válido para algunos, quizá para muchas nociones del psicoanálisis, pero no precisamente para la del yo, y que ésta se inauguraría, como parte de la segunda tópica del aparato psíquico, recién en 1923, participando así del meneado «giro» de 1920. Creo que esta ideología —evolutiva— del FREUD joven / FREUD de la madurez, se mueve —está dicho— conforme a una creencia en etapas —dos, mínimamente— que inadvierte que deben aplicársele a la obra del creador del psicoanálisis los propios principios inaugurados por ella; conforme con éstos, obtendríamos que lo que se cree dado como una introducción «novedosa», no comporta sino una suerte de «secuencia» —por su traslado a la escena cronológica— al modo de lo que aparece, luego desaparece y finalmente reaparece por un retoño. ¿Retorno de lo reprimido? Me parece, en efecto, que tal concepción es la que se encuentra en el espíritu del título propuesto para el presente, el cual así resulta emparentado —metodológicamente— con *Moisés y el monoteísmo*.

Relacionalidad estructural, entonces, antes que exclusión por «superación»; *Aufhebung*, si se quiere, antes que cancelación; lectura sintomal culpablemente interpretativa —pues adopta respetuosamente los lineamientos trazados por FREUD—, antes de reproducción ecológica culpable, a su vez, del solo sostén gargarístico del contenido textual manifiesto-

to *. De otro modo: en los renglones que siguen, procuraré realizar no un informe monográfico al modo del relevamiento de textos, sino un trabajo en la orientación de aquello que los textos me hacen decir. A tal efecto, obviamente, será preciso citarlos, si bien en algunos —o muchos— de ellos omitiré desarrollos por considerarlos ya muy conocidos. Resumiendo: la procura será un intento de producir un mínimo de efecto de sentido «novedoso» (si cabe).

En función de lo expuesto, se torna necesario puntualizar que la selección de los textos es tan arbitraria como podría resultar quizá cualquier otra; sólo que, en apoyo de la presente, pueden argumentarse dos cosas: 1) que la exhaustivización —¿caso posible?— no garantiza *per se* el mejor logro del cometido propuesto, y 2) que la adopción incluye los lugares inexorables que nuestro tópico convoca, tanto como otros que estimo conducentes, pese a no ser —creo— aún «clásicos».

Finalmente: en lo atinente a las «consecuencias» que el título solicita, ensayaré destacarlas en los ítems que el recorrido de la problemática vaya proponiendo.

II. EL TEMA

Cabe destacar, como inicio de la indagatoria, al *Proyecto de una psicología para neurólogos*. Una somera lectura del índice de las secciones que lo componen permite detectar, en las distintas denominaciones, los siguientes términos: «proposición», «concepción», «teoría», «punto de vista», «problema», «condiciones», «intento de figurar»; ahora bien, cuando

(*) ¿Qué dice de su clínica, de su escucha, un analista que se acerca a la obra de FREUD no como quien lo hace con un «texto sagrado» (2) —vale decir, con propósito lectural exegético— sino como quien va a aprender fórmulas explícitas que, para «mejor», ni siquiera se intersectan con sistemas de referencia contemporáneos?

llega el turno del yo, a su respecto FREUD escribe *Einführung*, o sea, «introducción»: «introducción del “yo”». Claro, están las *Conferencias de introducción al psicoanálisis*, donde el término adopta su sentido vinculado a la enseñanza, en tanto exposición de un saber referencial en su grado principal; pero importa más, para nuestro tema, otra *Introducción*: la *del narcisismo*. Esta última convoca, por su parte, a otra lectura: se trata ahora del orden del ser, de la constitución, y no de la construcción teórica; dicho de otro modo: el narcisismo es introducido, o un niño es introducido a él. Lo propio, dicho del yo: «Es un supuesto necesario que no esté presente desde el comienzo en el individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya» (3). «Introducción del yo» es, por ende, testimonio del no nativismo del mismo, lo cual desbarata de entrada cualquier intenciona de sentar unos «aparatos innatos del yo» según lo quiere, por ejemplo, un RAPAPORT (4). Distancia sagaz de FREUD respecto de cualquier idealismo subjetivo tributario de la infatuación de arrogarse el *sapiens* el ser *causa sui*; distancia ahondada cuando, para liquidar al yo de los filósofos —el de la *Selbstbewusstsein*—, adopta el yo al modo de los psicofisiólogos de su época, en un intento de brindar una explicación por medio de procesos objetivos, tal que trascienda la presunción basal, racionalizadora, del individuo creíblemente unitario. Pero vayamos más detalladamente, antes de introducir al yo, según el *Proyecto*. Ha sido STRACHEY quien mencionó al libro de EXNER —otro *Entwurf: Proyecto para una explicación fisiológica de los fenómenos psíquicos* (1894)— como una obra que abunda en conceptos que FREUD hace suyos, particularmente en lo referente a la naturaleza refleja de la actividad cerebral y a la importancia de los fenómenos inhibito-

rios cerebrales. Indudablemente también hay puntos de contacto con el modelo neurodinámico formulado por BREUER en los *Estudios sobre la histeria*. Con todo, se requiere sucintamente dar una idea del funcionamiento de este aparato —posterior en cuatro años al «del lenguaje» incluido en *La afasia*, de 1891— según FREUD, para justipreciar la oportunidad de la introducción del yo en el mismo. Así, comienza por presentar el concepto de una cantidad de excitación: Q^* , que es certificada por la observación clínica. Las neuronas procuran aliviarse de la cantidad; existe, por ende, el principio de la «inercia neuronal», si bien ésta tiene su límite en la retención de Q —la no descarga, o sea, la investidura u *ocupación* (5)— por parte de una neurona que ve impedido el pasaje de la magnitud a otra neurona. Estas son las barreras-contacto, contrapuestas a la facilitación. Es claro, entonces, que el movimiento reflejo resulta ser la forma «fija» de ese libramiento de Q . Diferencia luego tres tipos de neuronas: ϕ , ψ y ω (fi, psi y omega), cuyo interjuego da pie a la «operación del aparato». ¿Cómo las distingue? Puede decirse, a grandes rasgos, que si la primera da cuenta de la condición pasante de Q —pasa ésta como no habiendo barrera-contacto alguna que se lo impidiese—, la segunda testimonia el carácter contrapuesto, vale decir, el de la eficacia de la retención de Q o de la dificultad de pase —aunque fuese parcial— de esta por las neuronas respectivas. Así, en tanto las ψ constituyen la memoria —conformando un esquema que FREUD retomará en otros sitios, pero básicamente en *El block maravilloso* —las primeras (ϕ)— «sirven a la percepción». Con todo, esta discriminación no resulta tajante, dado que «en la

percepción actúan juntos el sistema ϕ y el sistema ψ ; ahora bien, existe un proceso psíquico que, sin duda, se consume exclusivamente en ψ , el reproducir o recordar, y que (formulado esto en general) *carece de cualidad* (6). Es esta «cualidad», la de la sensación consciente, quien fuerza a FREUD a incluir la suposición de un tercer sistema de neuronas, las ω . Si ϕ era el «ingreso», el «puesto-dentro» o *input* —como lo dice LACAN (7)—, ello no basta, pues aparte del estímulo exterior, es necesario dar cuenta de la estructura del mundo exterior mismo. De aquí este sitio prevalente, exento casi de la constancia energética, que caracteriza a ω ; prácticamente, percepción y consciencia coexisten en esta «hipótesis suplementaria» (8). Ahora bien, la compleja y precisa trama relacional de este aparato —en la que no ingresaremos sino de modo parcial, únicamente para circunscribir el ítem que toca a nuestro trabajo— hace hincapié en la conocida «vivencia de satisfacción»: el bebé, impedido de realizar la «acción específica» para la provisión del alimento —pues sólo consigue una «alteración interior»— obtiene un «auxilio ajeno» capaz de aligerar la tensión de ψ . Se gesta de tal manera una «asociación por simultaneidad», que constituye la base de todas las conexiones entre las neuronas ψ en la actividad «pura» de éstas: el recordar reproductor. En tal respecto, la vivienda mentada suscita «una facilitación entre dos imágenes-recuerdo y las neuronas... que son investidas en el estado de presión (*Drang*)». Al reactivarse el estado de presión o de deseo, la investidura traspasa sobre los dos recuerdos y los anima; así, afirma FREUD que «esta animación del deseo ha de producir inicialmente el mismo efecto que la percepción, a saber, una *alucinación*» ** (9). Y este

(*) También usa la designación Q_n , pareciendo ésta denotar un orden interno, intercelular, de magnitud, en tanto Q ilustraría cantidades de excitación implicadas en la estimulación sensorial. Entiendo, con todo, que estas definiciones son ambiguas —por el uso que hace de ellas FREUD— motivo por el cual en este trabajo aludiré solamente a Q , obviando la presunta diferencia.

(**) Kenneth LEVIN (*Freud: a primeira psicologia das neuroses*, Zahar, Rio de Janeiro, 1980, pág. 162) vincula esta postulación con la que ya habían establecido David HARTLEY (*Observations on Man*, 1791) y —posteriormente— Herbert SPENCER (*The Principles of Psychology*, 1855). En palabras de este último: «La relación psíquica entre dos [ideas] corres-

es el «proceso primario» es claro entonces que el problema, para este aparato, es cómo poder funcionar de otro modo que con la alucinación, o sea, concorde con el «proceso secundario». Hete aquí el sitio donde se «introduce» el yo en ψ : su organización tiene por función la *Hemmung*, la inhibición de esta investidura de la imagen-recuerdo durante el estado de deseo. Inhibe desviando la corriente por medio de una investidura colateral; así, se comprueba que el yo conforma una operancia según la cual la inhibición lanza hacia la realidad, determinando que el objeto que en ella aparece no guarde una relación de «identidad» con el de la imagen-recuerdo, sino que tan sólo existan «semejanzas» (10) entre ellos. El yo provee «signos de realidad», mas se trata de investiduras de neuronas aisladas; así, en verdad, cabe descomponer a la «investidura-deseo» en «neurona a + neurona b», y a las «investiduras-percepción» en «neurona a + neurona c». Según se aprecia, la identidad de la neurona «a» permite que por medio de este funcionamiento se gesticule el «juizar» como corolario de la inhibición que la organización llamada yo determina; en tal orden, el juicio «es provocado por la semejanza entre la *investidura-deseo* de un recuerdo y una investidura-percepción semejante a ella» (11). La neurona «a» es *Ding*, cosa del mundo, la cual juega un papel de decisiva importancia a los fines de sustentar la irreductibilidad, por parte del yo, en su aprehensión del prójimo. Los complejos de percepción que parten de éste serán, en parte, dice FREUD, nuevos e incomparables, «en cambio, otras percepciones visuales... coincidirán dentro del sujeto con el recuerdo de impresio-

nes visuales propias, en un todo semejantes, de su cuerpo propio». Dos componentes, entonces: uno siempre reunido, *Ding*, constante, y otro comprendido por un trabajo mnémico, o sea, referenciado a una noticia del cuerpo propio. Tal descomposición es un discernimiento, y contiene un juicio; éste no es, entonces, «una función primaria, sino que supone la investidura, *desde el yo*, del sector dispar» (12), que compone su propiedad o predicado. El yo, por consecuencia, se las ve con el cuerpo propio como límite para aprehender al prójimo; «captura» a éste por el lado de la predicación, mas no por el lado del sujeto. ¿No es éste el tope feraz ante cualquier creída intersubjetividad? El yo sólo puede juzgar hasta donde su complejo-propiedad la espectra; en lo tocante al complejo-cosa, concita la estabilidad de un más allá de la «comprensión» que parece advertir acerca de los reducidos alcances de esta «propiedad» tan presuntamente humana. Sostén del exilio, del desarraigo constitutivo del *sapiens*, la notable formulación freudiana peca de cualquier cosa menos de pesimismo, en la medida en que convoca el carácter singular e irrepetible de cada sujeto, subvirtiendo el principio de identidad por medio del funcionamiento apuntado.

La subsiguiente y pormenorizada clasificación que FREUD formula —sobre todo en la parte III del *Proyecto*— acerca de los procesos ψ , pone su énfasis en las hasta él denominadas «funciones mentales superiores» por las psicologías consciencialistas —introspectivas o experimentales—; me pregunto, ¿será para privilegiar a la Cs — ω — en tanto esto condiría con su coetánea promoción clínica, psicoanálisis anti-hipnosis mediante *? Porque es cla-

ponde a la relación física entre dos posiciones perturbadas de sustancia gris, las cuales son colocadas en comunicación directa o indirecta de tal modo que alguna descarga tiene lugar entre ellas». Sólo que ya desde *La afasia*, FREUD se oponía a cualquier localizacionismo cerebral; por lo tanto, ¿no será el de él un «juego de escrituras» —según la feliz denominación de LACAN— antes que una servil copia del SPENCER entificador de un psiquismo epifenoménico?

(*) En tal sentido, suscribo totalmente la siguiente afirmación de LACAN: «Diría que el carácter inasequible, irreductible de la consciencia en relación con el funcionamiento del viviente es algo tan importante de comprender en la obra de FREUD como lo que nos aportó acerca del inconsciente» (*El yo en la teoría...*, cit. pág. 179). Interpreto: ω es antes *Bewusstsein* (el ser-consciente) que *Bewusstheit* (la

ro que al posicionar al yo — ψ — como inhibidor, FREUD se inscribe en una línea conocida, mas no —como dije antes— filosófica, sino directamente antifilosófica, por cuanto tal denominación —«yo»— era usada por numerosos autores para designar la actividad cerebral inhibitoria, si bien el término más usualmente esgrimido era «voluntad». Un ejemplo que menciona LEVIN es el de RIBOT, quien en su *Les Maladies de la Volonté* sostiene que «si admitimos, con todos los fisiólogos contemporáneos, que el reflejo es la base y el tipo de toda la acción» (14), entonces es específicamente la inhibición de acciones la que debe ser explicada y, por lo tanto, la voluntad debe ser legítimamente considerada un instrumento de inhibición. Promoción freudiana de lo simbólico como efecto de lo votivo inhibido, mas también realizado; simbolización de todos modos asintótica respecto de una *Ding* inaprehensible, por cuanto sólo comprendemos predicaciones fenoménicas. Promoción del despertar —metáfora: Cs-w— y no del dormir hipnótico: en efecto, muchas teorías de la hipnosis aceptadas en la época, decían abolir en su método la instancia inhibitoria, y esto desde MEYNERT a HEIDENHAIN, pasando por WUNDT, DANILEWSKY y otros (15). ¿Qué hacían, en puridad? Provocaban —al estar de FREUD— «una especie de imbecilidad experimental» (16). Fuerte crítica que señala con rigor la divisoria de aguas vigente entre el genio vienés y el tan manoseado *Zeitgeist*, por medio del cual se cree poder explicarlo todo. Sí, porque tomar espigadamente concepciones epocales a los fines de fundar un campo inédito no implica avalarlas *in toto*. La inhibición freudiana inaugura la realidad del objeto, el cual no está de entrada inmerso en el fantasma epistémico tradicional —sujeto-objeto—, puesto que carece de correlato hasta que el mismo no (le) haya sido «in-

trducido», puesto que tiene una «génesis». Distancia infranqueable, por ende, la que va desde FREUD hasta M. KLEIN, *quod erat demonstrandum*.

Del yo, FREUD asevera su condición de «investidura constante»; ahora bien, también debe vérselas con el hecho —no negligible— que comportan las liberaciones de displacer, como huellas de vivencias de dolor que estipulan una suerte de par estructural con las de satisfacción. Más allá del razonamiento de FREUD referido a Q, importa destacar cómo la acción inhibitoria del yo también se efectiviza reduciendo la liberación de displacer en el caso del recuerdo, diferenciado —mediante los signos de realidad— de una vivencia dolorosa real. Esto se obtiene mediante la nombrada acción colateralizante; con todo, hay otro punto confluyente, mencionado como al pasar, y que demanda nuestra intelección. Ya hacia el final del *Proyecto*, encara la cuestión del «pensar práctico con investiduras-meta» en la ocasión en que puede conducir al desprendimiento de displacer; así, luego de brindar las condiciones económicas en virtud de las cuales aún una «imagen-recuerdo» no alcanza a ser dominada, descarta el factor tiempo como valedero, incluyendo un fenómeno que procura el sometimiento de marras, el cual enuncia así: «que un vínculo con el yo o con investiduras yoicas cobre poder sobre el recuerdo... Hará falta una ligazón repetida y particularmente grande desde el yo hasta contrabalancear esa facilitación de displacer» (17). Me parece que ésta es la segunda actividad que configura la «defensa primaria» que el texto contempla, y que este hecho —el que la imagen mnémica de la representación-dolor se torne gradualmente *ligada* al yo— alude implícitamente a la mudanza que el yo sufre a los efectos de asimilar tal imagen mnémica. ¿Se podrá hablar de identificación? ¿Y de una «génesis» e «introducción» del yo que tenga por horizonte al dolor-displacer? ¿Algo, entonces, del tipo de identificación al síntoma? ¿Génesis histórica del yo, subsecuentemente,

calidad de lo conscienciado). Y no olvidemos que se consciencia también lo soñado al soñarlo, por lo cual «consciencia no es inherente al yo, sino que puede añadirse a todos los procesos ψ » (13).

antes que génesis fóbica —«huye de, se escapa de, colateraliza, o contornea a»— del yo? ¿No es congruente con tales interrogantes el hecho de que FREUD sitúe al yo —desde el *Proyecto*— no «en el nivel del aparato perceptual sino en el propio sistema ψ , en el corazón del aparato psíquico»? (18).

Si en el *Proyecto* el yo se distintiviza de la consciencia y no constituye, además, un par férreo con su pretendidamente «otro», es decir, el objeto, la *Traumdeutung* marca una recurrencia de tales junturas. Con todo, se requiere tamizar este juicio; en verdad, estimo que es el propio objeto de la reflexión freudiana quien disuelve, de alguna manera, la problemática yoica tal cual había sido concebida —no por su presunto ropaje fisiologista, claro— en el *Proyecto*. Veamos: si éste dilucida un yo inhibitor, que ante todo es freno para la alucinación propia del estado de deseo —que propende a su cumplimiento por tal vía—, ahora, en la *Traumdeutung*, se trata precisamente de la «realización» de dicho cumplimiento. En otras palabras, el aparato psíquico que debe dar cuenta del sueño priorizará la operancia del deseo, y no de su inhibición por parte del yo. Empero, esta esquematización disyuntiva no prospera: así, al revisar la cuestión que plantean los «sueños punitivos», FREUD sostiene que ellos también obedecen a la dinámica desiderativa, mas esta vez el deseo inconsciente —«motor» del sueño— no debe ser imputado a lo reprimido, sino al yo. O sea: el llamado yo no conforma una instancia meramente anti-deseo, sino que es comandado también por deseos inconscientes, si bien de carácter punitivo, o mejor, autopunitivo. ¿No se colige, acaso, la prosecución de la línea antes señalada en el *Proyecto*, consistente en la ligazón por el yo de la imagen-recuerdo displaciente? Por otra parte, lo que una vez más se torna conflictivo en el nuevo aparato freudiano es la posición de lo consciente. Sí, porque si en primer término adjudica al yo deseos inconscientes, sugiere casi a renglón se-

guido que se gana en transparencia si la oposición consciente-inconsciente es reemplazada por la de yo-reprimido; vale decir, el yo es lo consciente, y lo inconsciente es lo reprimido. Por lo expuesto, el sueño (auto)punitivo hace estallar la dicotomía; FREUD lo advierte y «acomoda» el problema afirmando que el deseo punitivo es del yo aunque «también inconsciente (es decir, preconsciente)» (19). Y no por nada este intríngulis requiere su resolución por medio de una nota al pie de 1930, según la cual los sueños de marras testimoniarían la operancia del superyó. ¿Cómo leer esto? No al modo de lo preconstituido teóricamente, sino por menorizando —al modo de la recurrencia lectural— que la tensión agresivizante y la autodestructividad —destrucción de la imagen de sí, en suma— con caracteres que FREUD despuntó en el yo, por medio de la aparente «excepción» que los sueños aludidos conformarían.

Otro punto en la obra mayor de FREUD que debe precisarse en lo atingente al yo: éste es aludido también —son pocos los lugares en el texto— en el apartado acerca de «los medios de figuración del sueño», en el estricto respecto de lo que denomina «identificación». Aquí la define por el carácter de figurar semejanza, concordancia y comunidad «por reunión en una *unidad* que ya estaba dada en el material onírico». Pero cuando desarrolla y ejemplifica lo predicho, el decurso se torna homogéneamente antitético. ¿Oxímoron en mi formulación? En modo alguno: la creída unidad resulta figurada oníricamente por el desdoblamiento del yo en los varios personajes del contenido manifiesto. De otra manera: la condición de compuesto del yo se revela en su aptitud para la descomposición por vía de su proliferación desdoblante. Y esto, en el ítem identificación. Se puede argüir que esta identificación no «es» como la de, por ejemplo, *Duelo y melancolía*, o como la de *Psicología de las masas*; pues entonces, ¿por qué este usar la misma palabra por parte de quien no ha trepidado en crear todo un

vocabulario? ¿Y aquello de que los «usos del lenguaje» consagran, merced a una denominación igual, la secreta comunidad de dos fenómenos aparentemente heteróclitos? Circunstancia valedera, desde ya, para el enfoque merced al cual encaramos en este trabajo al yo según FREUD. Retornando, pues: el yo se desdobra en sus identificaciones; el yo no es una unidad, ya que —ejemplarmente— está «contenido varias veces en un pensamiento consciente, y en diferentes lugares o dentro de diversas relaciones, por ejemplo, en esta oración: «Si yo pienso en el niño sano que yo fui» (20). Como creo puede advertirse, ya en esta notable ejemplificación FREUD desarticulaba la idea del yo-homun-culillo-dentro-de-la-cabeza, para poliposicionarlo como término aprehensible en el discurso; aquí, LACAN diferenciará al sujeto de la enunciación del yo del enunciado, siguiendo al pie de la letra la sugerencia freudiana. Entre paréntesis: el *ego cogito* —el yo pienso del ejemplo— ¿lo atribuye FREUD a una enfermedad, quizá a la enfermedad de la «adulterez»? Consecuencia: si el sueño es un despertar, el análisis concebido como práctica onírica debe desvelar el carácter no-unitario, identificatorio, del yo. Otra: el pensamiento «sano» no es el yoico, sino el inconsciente (21), que no olvida (22).

Prosiguiendo, el yo destaca su contribución al soñar por medio de otros tres fenómenos: el deseo de dormir, la censura y la elaboración secundaria. De la primera, cabe recordar lo desarrollado respecto del vocablo «identificación», esto es, que hay «deseo» de dormir, y no fatiga, cansancio o anhelo de descanso. Tal retracción cotidiana se torna imperativa; podríamos preguntarnos entonces: ¿es que la escena del mundo se tolera hasta un límite, luego del cual cabe acudir al llamado de la «otra escena»? Si esto resulta ser así, cabe advertir la comunidad, la sinergia vigente entre el yo y el cumplimiento del deseo inconsciente, en la medida en que el deseo de dormir es condición de posibilidad y de producción para

la realización desiderativa —encubierta, claro— onírica. De aquí la congruencia del decurso freudiano, transparente también en la denominación «deseo de dormir». Así, el yo no lanza a la realidad, no es sintónico sino con la realidad... psíquica.

Ahora, la censura. El tradicional ejemplo del periódico en la frontera rusa convoca, por su valor de apólogo, el orden escriturario; con todo, ¿es la tachadura una ausencia de *Niederschrift*, de inscripción, o es más bien una inscripción de ausencia? Y si el deseo se funda precisamente en esta última, ¿se trata entonces de que la censura combate al deseo, o que lo alimenta en su insistencia? ¿No es la censura del yo cual la sangre para «las sombras del mundo subterráneo de la *Odisea*»? (23).

Para concluir, la elaboración secundaria, término final del *Traumarbeit* (trabajo del sueño). Suele ser concebida, un tanto escolarmente, como la inmiscusión yoica tendiente a otorgarle al sueño lógica, inteligibilidad, comprensión; esto, en la línea de atribuirle al yo razón, reflexión, etc. Una lectura algo más atenta del texto freudiano detecta, sin embargo, el siguiente sorprendente párrafo conclusivo: «No es, por tanto, otra instancia psíquica, sino nuestro pensamiento normal el que aborda el contenido onírico con la exigencia de que sea inteligible, lo somete a una primera interpretación y por esa vía origina el total malentendido del mismo» (24). Con lo cual reabre el interrogante que el sueño suscita, antes que cerrarlo. Coalescencia de segundo grado, entonces, entre el yo y el enigma inconsciente: descifre reciclado, por ende, que no abona la pretendida destreza yoica para «desprenderse» de lo displaciente que comporta la inscripción del texto desiderativo.

Como puede apreciarse por lo hasta aquí desarrollado, en modo alguno el yo freudiano semeja la unidad pensante del individuo enfrentado con su pasión irra-

cional, por un lado, y en contacto perceptivo y consciente con la realidad, por el otro.

Mas el rasgo de características contrapuestas a las nombradas se incentiva durante el período 1914-17, abarcando el mismo —para nuestro trabajo— las obras *Introducción del narcisismo* y *Metapsicología*. Tal como lo venimos haciendo, pasemos seguidamente a la circunscripción de lo insito a nuestro tema que cada una de esas obras deslinda y propone.

La problemática de la *Introducción* —que ya mencionase más arriba— es la que da ocasión a FREUD para cincelar con mayor detenimiento lo que se colige a partir del *Proyecto* y de la *Interpretación*: a saber, que el yo no sólo no es el correlato opositivo del objeto, sino que el mismo yo es objeto, y objeto libidinal para mejor precisar. Porque es claro que el objeto no es una masa empírica que campea por la mundaneidad que colectivamente lo consagra como tal; por el contrario, este objeto freudiano —digámoslo una vez más— es un objeto del cual sólo cabe esperar su —imposible— hallazgo, su imposible reencuentro. Pero es que el propio *sapiens* es arrojado al mundo como objeto de sus padres que, por su intermedio, procurarán la obtención de aquello que su vida les ha vedado. «*His Majesty the Baby*» (25), centro y núcleo de la creación, se flexionará en un no idéntico consigo mismo «Su Majestad el Yo» que, excepción de las excepciones, sostendrá su invulnerabilidad mediante el universal «eso nunca puede sucederme a mí» (26). Invulnerabilidad que no conforma ingenuamente una suerte de baladronada petulante; por el contrario, las más de las veces la invulnerabilidad blasona su escudo impidiendo que en el devenir del sujeto acaezcan los «*too good to be true*» (27), ya que ninguna amenaza se ejecutará sobre quien se considere «un mísero desecho a quien no puede pasarle nada» (28). Este no es un sujeto «carente de narcisismo», sino todo lo contrario; no es un anti-

héroe, sino Su Majestad. Narcisismo primario: niño que nace, entonces, en tanto ideal del yo de sus padres, como yo ideal. Estructura de procura: «volver a ser, como en la infancia, su propio ideal» (29). Mas hete aquí que, una vez más, FREUD sorprende a la intelección escolar, en la medida en que ni siquiera el yo ideal —ideal «por el cual se mide su yo actual»— es una formación originaria, por cuanto le antecede el «yo real», el cual también «gozó del amor de sí mismo» (30). En una secuencia difícil de su pensamiento, FREUD parece estipular una progresión escrituraria como la que sigue: yo real → yo ideal infantil → yo ideal → formación de ideal → ideal del yo. ¿Pura pirotecnia verbal? No lo creo; más bien, nuevo testimonio de la poliposicionalidad del yo, articulado ahora multívocamente con las flexiones del ideal, que revelan, entonces, su «introducción» por la investidura libidinal inherente a la instancia parental. En efecto, ya que no hay una génesis yóica al modo de la corteza del queso formada por su contacto con el aire, sino una instauración constituyente a partir también de la instancia parental, atinente, en este aspecto, a la faz «crítica» que la singulariza. «Voz» * reprobatoria que se prolonga en serie —como la de los números cardinales— a través de educadores, prójimos y opinión pública en general, es ella quien funda el ideal del yo del niño —ya lo había hecho con el yo ideal— correlativamente con el yo actual, siendo cada uno condición de existencia y de posibilidad del otro. Efecto de estructura, claro, antes que evolución estadalista. Pues está dicho que no se trata de etapa alguna que deba, o que pueda, ser «superada», ya que «como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renun-

(*) Precisamente la voz, en el grafo de LACAN (31), es homóloga de la castración, y ésta resulta ser, desde ya, la «pieza fundamental» —al decir freudiano— de la operación amortiguadora y perturbadora del narcisismo originario del niño.

ciar a la satisfacción de que gozó una vez» (32). Por ello, las posiciones de marraz no se excluyen ni se sustituyen entre sí, y sólo toleran una caracterización relacional, vale decir, relativa.

Si este texto viabiliza el distinguo entre libido yoica —narcisista— y libido objetal, sentando por consecuencia la dicotomía yo-objeto —reintroduciendo aparentemente la fallida dupla epistémica clásica—, ello se sostiene escasamente, por cuanto FREUD abona de inmediato la convicción de que el enamoramiento consiste en «un desborde de la libido yoica sobre el objeto» (33). Se capta que el energetismo no sigue fielmente el segundo principio de la termodinámica, por cuanto sostiene tanto la intransformabilidad, la irreductibilidad de cada posición libidinal, cuanto el que cada una de esas posiciones no puede ni debe ser confundida con una mera intelección empírica. Amar es querer ser amado, el objeto elegido es quien posee el mérito que falta al yo actual para alcanzar el ideal del yo, y en la percepción paranoica del «fin del mundo» hay una tentativa de restitución del objeto.

También es de resaltar cómo FREUD vincula al yo con la represión; así, afirma que es el respeto de aquél por sí mismo, vale decir, por su imagen, el que aparta todo aquello que podría empequeñecerlo; incluso, como fue dicho, sosteniendo para ello su propio empequeñecimiento invulnerabilizante. Es que, en efecto, el caleidoscopio imagénico que nombra al yo «narcisado», tolera la metaforización inversiva de todos los «valores» consensuales, y es por eso que el ideal no es pueril «reflejo» de la formación social coyuntural en que el sujeto vive.

Lo interesante de la dupla libido yoica-libido objetal es que ella no lleva a FREUD al abandono de la postulación —ya realizada— que distingue a las pulsiones sexuales de las yoicas. Y esto no solamente por la necesidad de recusar el monismo jungiano —que desexualizaba la libido—, sino por otras dos necesidades, a saber: 1) la de pensar los conceptos en términos

de estructuras opositivas, diferenciales y relacionales, y 2) la de dar cuenta de un dato clínico, cual es una posición no libidinal —no autoerótica— del yo; más bien, de enfrentamiento con la pulsión sexual, que —a mi entender— remite a la línea despedada en el *Proyecto* y en la *Interpretación*. Sin embargo, una aparente paradoja; es recién después de sentar el carácter también libidinal del yo, que FREUD pudo elaborar plenamente su teoría de la libido, según apuntase LACAN (34). Objeto privilegiado en el campo de ésta, desacredita por ende toda suposición acerca de que, en armonía preestablecida, el yo sale a la búsqueda alegre de su complemento objetal, que debería —se dice— ser, entonces, «genital». Porque el yo se dice unitario, mas FREUD le dice «estructura» (35), lo cual debe leerse como ensamble, nunca como un *totum* así advenido. Más aún: el sentimiento de sí —¿no es apodíctico como sentimiento?—, que expresa «tamaños» yoicos diferenciales, se revela también como un «compuesto» (36). ¿No procura FREUD decirnos, de mil y una maneras, que no confundamos al yo con la ilusión subjetiva de unidad, la cual también lo es de unicidad? ¿No ha escrito hasta el hartazgo que éste es el mayor obstáculo para la cura? ¿Cómo pretender, en consecuencia, hacer del psicoanálisis una mimesis de la egología trascendentalista?

En la misma orientación me parece que debe leerse la tricotomía yoica que FREUD escribe en *Pulsiones y sus destinos*, retomando de algún modo una clasificación de *Los dos principios del acaecer psíquico*. ¿Por qué «de algún modo»? Porque en la obra nombrada en segundo término, primera cronológicamente, existía un tránsito del yo-placer que «no puede más que *desear*» * y buscar el placer al yo-

(*) Es notable la correlación de este yo-placer que directamente desea —quiero decir, que en modo alguno intenta inhibir lo desiderativo— con el lcs. de la *Traumdeutung*, el cual «no conoce en su trabajo ninguna otra meta que el cumplimiento de deseo ni dispone de otras fuerzas que no sean las mociones de deseo» (AE, tomo V, pág. 560).

realidad aspirante a obtener «beneficios y asegurarse contra perjuicios» (37); en cambio, *Pulsiones* complejiza la cuestión señalando una progresión que no conforma sino un retorno diferencial. Lo cual FREUD determina así: existe un yo-realidad inicial previo al yo-placer purificado *; finalmente, éste da pie al yo-realidad definitivo, según fórmula que escribe en *La denegación*. Lo significativo de esta nueva proliferación de «yos» es que la circulación no va «del placer a la realidad», sino que entraña la procura del rescate de la realidad, su reencuentro. Dado que ésta —la objetiva, la material— se pierde por la proclividad de introyectarse el yo los objetos placenteros, de yoizarlos hasta conformar un yo elongado o ampliado (38). Así, nuevamente el yo no propende *per se* a tener al objeto, ya que también lo anula siendo el —él— objeto. Es fundamental para la morigeración de este universo presuntamente autosuficiente la acción de la pulsión yoica, uno de cuyos homólogos es el odiar (39) que, es claro, puede volverse «contra la persona propia». Se capta, pues, que la ligazón de la pulsión yoica con el odiar marca un neto distingo con el yo libidinizado, que es amor por sí, sea aplicado a sí, sea aplicado al objeto. Ahora bien, nombré antes a *La denegación*, mas lejos de mi propósito se halla el reseñar los excelentes desarrollos realizados a su respecto por LACAN e HYPPOLITE (40 y 41); tan sólo quiero destacar de tal artículo que, siendo su redacción posterior a la de los textos que inauguran la segunda tópica, FREUD omite incluir en aquél a ésta, articulando en el mismo sitio, sin embargo, su nuevo par pulsional. ¿Por qué sólo la tricotomía que nos ocupa aparece allí explanada? ¿Será como sucedía con la lateralización del yo en la *Interpretación*, esto es, que se trata de un hecho determinado por el objeto de estudio? Si así fuese, lo basal es la intelección de la génesis de una función intelectual: el juicio. Temática que remite inequí-

(*) En *El malestar...* retoma esta denominación como «puro yo-placer» (AE, tomo XX, pág. 68).

vocamente a la del *Proyecto*, tanto por contenido como por modalidad resolutive; el «también ahí afuera» referido a la presencia de *Ding* indica con suficiente rigor que el yo no detenta espontáneamente el rasgo de reconocer la ajenedad del afuera, puesto que primero está adentro y, en segundo lugar, debe examinarse si también está ahí, en percepción. Porque —y esto es yoico— «originariamente ya la existencia misma de la representación es una carta de ciudadanía que acredita la realidad de lo representado» (42). Por el yo es que hay reinado del sujeto —idealista— de la representación; por el yo puede prescindirse del objeto, representándolo tan solo; por el yo, finalmente, se expulsa lo displaciente, denegándolo «luego» (míticamente). Ni ello, ni superyó: ¿la crucialidad resistencial pasa por el yo? Porque este yo que juzga no es el de la psicología general, en la medida en que este yo es el que puede hacer de la negación, negativismo; de la representación del objeto, alucinación, y de su proclividad por la introyección de lo «bueno», megalomanía. ¿Es que la problemática de la psicosis —al estar freudiano **— no delinea acaso una cuestión que incumbe decisivamente al yo? ***.

El notable *Lo siniestro* conforma, a nuestros fines, una suerte de gozne entre las concepciones de la primera y de la segunda tópica freudianas; particularmente, en lo que hace al desarrollo referente al «doble». El doble, en verdad, articula la problemática narcisista con la que involucra tanto al desdoblamiento como a la proliferación multiplicadora y a la condición permutativa —identificatoria y confusa— del yo. De nuevo, entonces, la mención ataca la seguridad subjetiva de,

(**) Por ejemplo, cabe citar al respecto el capítulo final de *Lo inconsciente* de la *Metapsicología*.

(***) En tanto una estricta lógica —otra que la del «amontonamiento»— preside el decurso de los *Seminarios* dictados por LACAN, el que versa sobre el yo posiciona a éste entre la técnica freudiana —frente a la cual es obstáculo primordial— y la paranoia —con quien comparte una «forma de alienación»— (*El yo en la...*, cit., pág. 370).

y en, la unificación totalizadora. En este sentido, la autocrítica y la observación de sí —ya avanzadas en *Introducción* a título de *Gewissen*, conciencia moral*— con figuran un escollo ante los relevos del doble, en tanto funciones particulares que se contraponen al resto del yo, tratándolo a éste como objeto resabio del perdido narcisismo infantil. El doble adopta consecuentemente un «nuevo contenido» —sometido a crítica— que comprende también a todo aquello que denote el incumplimiento de las posibilidades que la ilusión del libre albedrío suscitate. De otro modo: ¿quiere decir FREUD que el yo, objeto de la conciencia, padece de, y por, la ilusión —porvenir incluido— de autonomía? ¿Y que la conciencia, relevo de la castración, es la guardiana del determinismo? Como agudamente observa en su *Psicopatología de la vida cotidiana*, los sujetos captan mejor que los psicólogos del yo qué es determinismo y qué libre albedrío —o «yo autónomo»—: sí, porque ante las circunstancias cruciales de sus vidas, aquéllos no pueden argüir más que como LUTERO **: «A esto me atengo, otra cosa no puedo»; en cambio, frente a las decisiones triviales e indiferentes, agrega, «uno preferiría asegurar que igualmente habría podido obrar de otro modo» (43). Lo destacable es que incluso ante la nimiedad, FREUD capta el carácter *ex post-facto*, la imaginaria anulación retroactiva de lo creíblemente autónomo. Vale decir que ni lo nimio se caracteriza por una anticipación sagaz y prevenida, en tanto tampoco deja al sujeto otra salida que su entrada. Por eso, en su decir, la motivación desde lo consciente es la úni-

ca que «justifica» —núcleo de verdad— el sentimiento de convicción de la voluntad libre; claro, sucede, que «la ley no se ocupa de nimiedades».

Pero el rigor del peso determinista brilla en todo su fulgor en el conocido ejemplo autobiográfico de FREUD donde relata —en *Lo siniestro*— su retorno involuntario a un barrio de prostitutas; de este paradigma, creo que pueden extraerse cuanto menos estas enseñanzas: 1) hay siniestralidad —esa clave de la angustia— cuando uno vuelve al mismo lugar creyendo que va para otro, dictándole la realidad material que es él quien vuelve, pues ella sigue estando ahí; 2) si vuelve, reencontra algo expulsado y que es sexual: «yo (no) busco prostitutas desconocidas y extranjeras», y 3) para que haya repetición, se necesitan tres tiempos. Ahora, extraigo a mi vez tres efectos de enseñanza destinados a los sostenedores del yo autónomo: 1) la concepción que formulan del psicoanálisis vuelve a un lugar conocido que desconocen, puesto que es el del yo de la autoconsciencia filosófica; 2) se prostituyen así las metas del análisis, en tanto esta versión ahonda la pasión de la ignorancia, extrañando al sujeto de sus lcs. al punto que le retornará «desde afuera», y 3) son tres quienes repiten esto, y tres no hacen escuela. Es claro que el «fuerte» de nuestra indagatoria deberá radicar, presuntivamente, en la pormenorización de la segunda tópica, en la cual, como se sabe, se han basado aquellos que venimos criticando. Dicho de otro modo: el machacado «giro» de 1920 pareciese implicar —está dicho en la *Nota introductoria*— una evolución del pensamiento de FREUD que es presentada, llamativamente, más bien al modo de un corte abrupto; así, FREUD habría «nacido» en el año aludido, momento en que habría comprendido la insuficiencia, o la incompletud, o el error, incluso, de lo hasta ese entonces por él producido. Reitero: las reformulaciones freudianas no son para dessecar lo producido sino para procurar la preservación de lo que iba en vías de perderse. ¿O acaso puede escindirse la pro-

(*) Como puede apreciarse, distingo «consciencia» (con *s*) de «conciencia», para dar cuenta de dos conceptos que en la lengua alemana no se confunden, siguiendo así la sugerencia formulada por Ludovico ROSENTHAL en su, hasta ahora, inigualada traducción de FREUD (Cfr. «Lo siniestro», *Obras Completas*, Santiago Rueda, Buenos Aires, 1954, tomo 18, pág. 169).

(**) Una interesante reflexión referida a esta cita de FREUD se encuentra en T. PFRIMMER, *Freud lecteur de la Bible*, Presses Universitaires de France, París, 1982, págs. 357-359.

ducción de FREUD de lo que sucedía con quienes se marginaban del psicoanálisis, tentados sea por crisis de originalidad *ex nihilo nihil* —es decir, los adeudores—, sea por los plácemes devenidos del reinscribirse en los discursos prefreudianos —es decir, los hijos pródigos?—. Si alguna duda puede elevarse acerca del no hiato, podemos asomarnos al nombrado *Abriss* del 38, para comprobar fácilmente cómo FREUD se propone responder a los mentores del «giro-corte» marcando la línea del entrelazamiento de las tópicas. Pero es cierto que a la simplificación maniqueísta la maniobra le resultó fácil; acaso, ¿no basta, para sentar convicción, enancarse en los tiernos arrullos que siempre provoca la sola mención del «progreso»? Ley de la castración: lo que se gana por un lado, se pierde por el otro (44). Por lo tanto, ¿qué se gana y qué se pierde con la segunda tópica? He aquí lo que intentaré desarrollar en los renglones siguientes.

El primer hito de la nueva partición —en FREUD hay «descomposición» (45) de la personalidad psíquica, y no psicología de la personalidad— lo constituye *Más allá del principio del placer*. Podría decirse que, en verdad, la aludida (tri)partición no es escrita hasta *El yo y el ello* o eventualmente, hasta *Psicología de las masas*; a este argumento, cabe responderle si es que por ventura es escindible la problemática pulsional, de la del aparato psíquico. En tal sentido, el capítulo cuarto de *El yo...* indica la interrelación de ambas cuestiones: una vez mutado el aparato, se torna imperioso ponerlo en consonancia con el recientemente advenido par pulsional. ¿Acaso en 1914, con la *Introducción*, no sucedía algo simétricamente operante? Quiero decir que la discriminación del polo libidinal en yoico y de objeto, lanzó a la liza un otro modo de concebir el aparato, según fue expuesto. Para mejor precisar: en la *Introducción*, el carácter de lo lcs. es mencionado una sola vez, y en una nota al pie de página; en la *Interpretación*, vimos ya cómo el yo era prácticamente

hecho a un lado. ¿Qué se deduce de esto? Que, después del *Proyecto*, cuando aparece el yo lo hace con referencia a la pulsión. El yo, en suma, es encrucijada, o lú-nula intersectante, entre aparato y pulsión. Y no digo meramente pulsión libidinal porque, además de las yoicas o de autoconservación, debe calibrarse en todo su rigor cómo, al escribir por primera vez pulsión de muerte, FREUD lo hace así: «pulsiones yoicas (de muerte)» (46). Esta referencia no constituye una cita aislada y/o fuera de contexto, en la medida en que una larga nota al pie, agregada posteriormente, vuelve sobre la cuestión sin establecer rígidos distingos entre ambas pulsiones. De ahí el error —tan común— implicado en la ejecución de la siguiente suma: pulsión sexual + pulsión yoica = Eros. Ligazón, entonces, entre yo y pulsión de muerte; entonces, ¿qué adaptación vital compete al yo freudiano de la segunda tópica, el cual sigue convocando, como antes de 1923, a los manes pulsionales antes que a los de cualquier des-pulsionalización (dessexualización, desagresivización)? ¿Es acaso escindible el yo de su condicionalidad fundamentalmente masoquista? Mas no adelantemos el paso; lo que sí, previamente a dar con el zarrandeado sistema percepción-consciencia» como cartabón —hipotético— del yo «realista», revisemos la coimplicancia yo-cuerpo. Relación, se sabe, esclarecida con puntilliosidad en *Introducción*, donde ilustra tanto como la estasis libidinal yoica podía desencadenar una hipocondria, cuanto que la enfermedad corporal concentra la libido, desobjetalizándola. ¿Varían estas consideraciones? En modo alguno, en tanto el yo es, ante todo, corporal. Esto puede sembrar acuerdos masivos, pero aquí comienza la bifurcación entre los biólogos que leen una suerte de réplica psíquica del homúnculo encefálico invertido —reifican las analogías— y quienes recordamos al FREUD de los *Estudios sobre la histeria*, de *Estudio comparativo de las parálisis motrices orgánicas e histéricas* y de *La afasia*, entre tantos otros textos que

precisan su «espíritu». Quiero decir que es recordar a aquél que estudió la génesis de síntomas histéricos producida por la «simbolización» de los que di en denominar «sintagmas cristalizados» (47 y 48), quien es el mismo que concibió que una histérica enferma conforme a la variable noción popular, vulgar, de un cierto miembro, y no conforme a la distribución de las fibras nerviosas. También implica recordar a aquel que, como fue dicho, elevó todo tipo de críticas contra el localizacionismo cerebral. Principios todos ellos no negociables por FREUD en momento alguno de su producción; por eso, cabe interpretar acabadamente qué procura transmitir con la argumentación acerca del yo en tanto proyección de una superficie corporal. ¿Qué se proyectan, sino imágenes? Imágenes del cuerpo, constitutivas, eficaces; imágenes que revelan su dependencia del cuerpo, mas que no son cuerpo de carne —o de piel—: así, el tan citado «la sombra del objeto cae sobre el yo», ¿no revela lo antedicho? Y si no es sombra —dirá ABRAHAM ahora respecto de la manía— es «brillo». ¿Qué calcan, sombra y brillo, de cuerpo alguno? ¿Y no se colige que para que sombra y brillo sucedan se torna necesaria la luz que viene de otro lado, por lo cual ni cuerpo ni objeto se imprimen cual planchas en la cera de algún yo reproductivo? Disimetría constituyente del yo, que lo posiciona, sí, en una superficie equívoca, que por de pronto implica también a lo inconsciente que lo integra. Pues no hay profundidad, aunque la figura de *El yo...* trampee la visión, ya que si el yo es superficie y es inconsciente, lo inconsciente es también superficie. Solo que la imagen del cuerpo provee un sinfín de analogías especializantes, que fácilmente «hacen» teoría: por ejemplo alto-bajo se trueca en altos intereses-bajas pasiones, y esto a su vez se dice que es sublimación-instinto; superficial-profundo se trueca en tilingo-circunspecto, y esto a su vez se dice que es yo-superyó; interno-externo se trueca en privado-público y esto, a su vez, se dice que es objeto interno-objeto externo.

Otra vuelta de tuerca, que también puede encabzarse con una pregunta retórica: si el yo es proyección —ahora en sentido transitivo— ¿es pantalla? Recuerdo-pantalla, como traducen en francés nuestro recuerdo encubridor; nimiedad molesta, en consecuencia, que re-vela otra cosa, a la cual remite. Como el «carácter del yo», por ejemplo. Tan es proteiforme este yo, que el carácter es sedimento, precipitado —químico y temporal— de la historia erótica del sujeto, particularmente, de la mujer. Mascarada que, desnudando la «identidad» —se cree que el yo tiene algo que ver con este principio metafísico que tanto preocupa a la mayor parte de los posfreudianos—, se manifiesta no sólo ante un objeto resignado, sino —también— por identificación *in praesentia* imaginaria, lo cual equivaldría a decir: «dime quién eres y te diré con quién andas». Dialéctica —y no identidad— que sitúa por derecho propio a la problemática del yo con referencia al ser y al tener: «puedes amarme a mí, tan parecido soy al objeto», le espeta el yo al ello. ¿Y el connubio con la realidad material?

Un título: *El yo y el ello*; su capítulo II, lo repite; su capítulo III, reza *El yo y el superyó (ideal del yo)*; finalmente, la obra concluye con el que se titula *Los vasallajes del yo*. ¿Qué autoriza, pues, a autonomizar un yo que se halla no sólo siempre relacionado, sino además subordinado? ¿No se compatibiliza lo que asevera acerca del carácter, con lo que la titulación enseña, por un lado, y con la propuesta de un «análisis del yo» por otro lado? Sí, un análisis que contrabalancee, que amortigüe la «función sintética» del yo, pues la psicosis viene sola, dice FREUD. Pero, ¿psicosis de qué? De identificaciones dispares, hemos visto. Y la identificación, ¿qué produce? Masa. La masa tiene psicología, pues en ella todos disuelven sus singularidades —¿ella la masa, o ella la psicología?—; como alternativa a esto, análisis del yo, que «desamasa», que da un lugar cierto no a lo yoico-subjetivo, sino a la peculiar subjetividad. ¿Sería osado pensar que la masa es

el es freudiano, o el «se» impersonal? *. Donde masa (psicológica) —se— es, el (psico)análisis del yo debe advenir.

En medio de esta serie de argumentaciones confluentes, es válido que hagamos un alto para dar lugar a la postura que toma ciertas postulaciones de FREUD a los fines de esgrimir las contra la línea que estamos exponiendo. El peso capital, me parece, se asienta en el aludido «sistema percepción-consciencia» en tanto conector eficaz del yo con el mundo exterior que deriva al yo del ello. Es sabido que en el aparato psíquico planteado en *Interpretación*, P. y Cs. resultaban escindidos; se cree, por ende, que su juntura en *El yo...* es el producto de una mudanza autocorrectora de FREUD. Mas veamos esto con mayor detenimiento. El núcleo del yo es P, pero, ¿cuál P? ¿Son acaso equivalentes todas las P? En su figura y en su texto, FREUD afirma un «casquete acústico» (49) del yo. Ahora bien, ¿qué hace un analizante en la sesión? Habla, y al hablar se escucha. Y a FREUD le importa, obviamente, cómo de ese modo algo se hace, deviene, consciente. ¿Cómo sucede? Pues sólo puede devenir consciente lo que alguna vez fue percepción Cs., para lo cual debe volver —la huella mnémica— a transformarse en percepciones exteriores. Y son los «restos de lenguaje» (50), es la representación-palabra que, siendo dicha, es escuchada, o sea: P. Hablar es como cuando a «uno» le hablan; hablar es hablar-se, para lo cual debe haber un escucha. Por eso para FREUD hay casquete acústico y no lo hay visual, ya que el casquete visual es el de la autoconsciencia filosófica, el del nombrado sujeto de la representación. El casquete acústico llama al objeto para hacerse oír; el «visivo» in-

corporea al objeto para regodearse en el «verse verse» (51). En suma: el pretendido «alto» —¿cuerpo?— en la exposición no fue tal, por cuanto el argumento contradictorio no resultó valedero. Porque la situación analítica, pasando para el analizante por el solo desfiladero del habla, comporta la puesta en acto del postulado freudiano que reza: «Todo saber proviene de la percepción externa». Por esto es que sentar que el psicoanálisis tiene por mira o por meta al «mundo interno» resulta un contrasentido mayúsculo. ¿Por qué? Porque «mundo interno» avala la condición dúplice del yo, procurando perseguir sus desdoblamientos en el respectivo estrecho que la imagen le brinda; porque «mundo interno» consagra la fantasía polifacética que avasalla al habla en pro de atrapar las mascaradas de las carnestolendas que involucran, infaliblemente, a un analista-madre al que se debe indemnizar, restituyéndole la unificación corpórea «seccionada»; porque «mundo interno» es el de la inefabilidad sentimental; porque «mundo interno», por fin, es el de la culpa, el de la depresión, el de la ética protestante y el espíritu del capitalismo.

Con su arsenal conceptual, por intermedio de éste, FREUD sienta nitidamente la historización de las instancias. Quiero aludir a la idea, tantas veces esgrimida, de que el es resulta atemporal porque encarnaría el «caos biológico» ** al que el yo sensato dominaría; pues bien, los párrafos ejemplares con los que concluye el capítulo III de *El yo y el ello*, son testimonio más que elocuente para aventar tal «concepción». Así, munido de su tan feraz lamarkismo, FREUD concibe ex-yos en el ello, los cuales inclusive serán superyós. ¿Cómo entender todo esto sino en el mar-

(*) En este respecto, resulta interesante advertir cómo un anónimo y antiguo traductor volcó el es freudiano: adoptó el vocablo «Lo» (Cfr. Th. MANN, *Freud y el porvenir*, Panapress, Buenos Aires, 1937, págs. 34 y ss.). También resulta sumamente atinente la propuesta de verterlo por «Eso»; de haberlo hecho así, J. L. ETCHEVERRY hubiese podido eludir lo que sucede en su traducción, en la que se confunde un ello conceptual con un ello lexical.

(**) La meneada «totalidad bio-psico-social», se sabe, nada tiene que ver con la tricotomía freudiana. Empero, esta fascinante propuesta unitaria se formula muchas veces en aras de «completar la visión parcial del hombre que el psicoanálisis propone». No están errados: al objeto del psicoanálisis le falta, porque es la falta. Por ende, ¿cómo es eso de darle lo que le falta? Estos completamientos, creo, no hacen falta.

co de lo que principia tal capítulo, o sea, de la identificación? Que, por poder ser el rasgo (52) no requiere siquiera la contemporaneidad, no requiere la imagen empírica de la presencia cárnea. Lo que se hereda varía en función de lo experimentado —que no es lo individualmente vivenciado—, y no en función del sufrir mutaciones espontáneas; por eso, decíamos, LAMARCK y no DARWIN. Transmisión que no podría ser pensada, por supuesto, como genética, puesto que cabe concebirla como acústica.

El texto que nos ocupa no incluye, en toda su extensión, el término síntoma; si se lee con atención, por otra parte, la *Introducción*, se comprobará lo propio, a pesar de que el índice diseñado por STRACHEY lo inserte. No es, académicamente hablando, un error de éste, ya que FREUD explica en tales párrafos el proceso del enfermarse, lo cual realiza con bastante detenimiento; pero la palabra, el concepto síntoma, reitero, no aparece. Lo cual puede constituir o un ingenuo dato estadístico, o algo que puede ser elevado a criterio de una lógica de los conceptos, desde la que forzosamente surge el interrogante: ¿por qué en los «libros del yo» no hay «síntoma», habiendo sin embargo nosología? Arriesgo una respuesta entonces; es que cuando se trata del yo —por tanto también de la pulsión, dijimos— aparecen las referencias a la psicosis. En efecto, la parafrenia en un caso y la melancolía en otro «homogeneizan» a un sujeto de modo tal que no aparece esa «tierra extranjera interior» que FREUD llama síntoma (53). Tanto es así que la angustia, que en las psiconeurosis resulta el acompañante de rigor, recién hace su ingreso en *El yo y el ello* en los últimos párrafos. Así, poco antes de concluir, la angustia se aparea a un concepto que FREUD va diciendo «de a poco», y que es como la nueva estructura del aparato incide en la intelección de la cura analítica, concebida ésta como puesta en acto de aquél. De esta manera: luego de recusar en una nota al pie la eventualidad de que el analista se pusiese en el

lugar del ideal del yo —siendo por tanto, aquel que sucumbe a la «tentación» de ocupar «el papel de profeta, salvador de almas, redentor»—, termina páginas después destacando los tres vasallajes del yo, que determinan consecuentemente tres variedades de angustia. Y, luego de la angustia, el analista: ser fronterizo que con su miramiento por el mundo real se recomienda al ello como objeto libidinal (54). De nuevo, no hay intersubjetividad, por cuanto al ello, el analista se propone como objeto-yo. Y como objeto-siervo sumiso, agrega, que corteja el amor del amo. Esto, se sabe cómo hacerlo: sirviéndolo bien, uno se torna imprescindible. Por ende el analista no «encarna» la salud, la razón, la sensatez, el ideal, en suma; más bien, deja hablar al amo-ello. Donde ello estaba, yo debe dejar hablar; no promoción de «libertinaje instintivo» alguno, sino dejar pasar la pulsión que es, ante todo, del orden de la conjugación del verbo (55). Quizá, por eso, la resistencia sea función que incumbe al yo-analista, si éste obstruye, con su inercialidad, el posicionarse legítimamente como «pasadero»: ϕ , P.

Para concluir con este texto capital, las referencias finales de FREUD resumen y pormenorizan varios de los puntos que venimos tratando de desarrollar; quiero destacar, por su carácter decisorio, la que ratifica lo apuntado en *Más allá del principio del placer*, a saber, que el yo «auxilia» a las pulsiones de muerte en la lucha antilibidinal. Aprehensión dialéctica preciosa que resulta un dato clínico de extremada importancia para la dirección de la cura: el yo, libidinal, por medio de la identificación y de la sublimación, deviene objeto de las pulsiones —en plural— de muerte, y sucumbe él mismo, porque «su lucha contra la libido lo expone al peligro del maltrato y de la muerte» (56). Narcisismo tanático, pues, que revela cómo una pulsión es reverso de la otra. Entendimiento fecundo por cuanto autoriza también el descifre de la formulación de LACAN —inserta en el *Seminario VIII (La transferencia)*

cia) — sobre el deseo del analista como un deseo más fuerte, que lo es «de la muerte».

Deduzco, por lo expuesto, que nuevamente el tan pronunciado «giro» no se nos ha mostrado tal; mas, para avalar esta presunción, nos restan recorrer, con FREUD, otros hitos que jalonan la segunda tópica. Uno inmediato a *El yo...* es *Neurosis y psicosis*. Aquí figura claramente expresado que es el superyó el encargado de la función de realidad, y no el yo. Por otra parte, más allá de las fórmulas escolarmente consabidas —ante las cuales la obvia perspicacia del mismísimo FREUD formulase advertencias preventivas— estimo ponderable una doble circunstancia que atañe al yo: 1) su escisión, y 2) los menoscabos irreconocidos en su unidad. Así, si el afán sintético fracasa raigalmente, tendremos la que años más tarde denominará *Ichspaltung*, sobre la que volveremos. Por su parte, el otro caso da cuenta de una aprehensión harto más cotidiana, en tanto incumbe a las «inconsecuencias, extravagancias y locuras» (57), de los *sapiens*, que responden a un tenor de calibre homólogo al de las perversiones: aceptándolas, ellos se ahorran represiones. ¿Aceptándolas? No en la imagen de sí, sino renegándolas *prima facie* en las consecuencias que le retornan desde afuera, según algún otro se los advierte. A mi juicio, destaca aquí FREUD la coalescencia que rige entre el yo, inconsecuente, y el *acting-out*; sí, porque cuanto más libidinizado es el yo, más expulsa lo que le retorna desde afuera, que es aquello en donde se desconoce. Masoquismo en bucle, que determina fracasos reclamantes de la caída de su máscara canallesca, por intermedio de la denegación. Pensando que este «tipo» de analizante —¿caracterópata?— es el que más tiende al análisis en nuestros días, ¿reforzaremos todavía este yo, del cual se presupone candorosa «debilidad», cuando no «infantilismo?».

En *pendant* con *Neurosis y psicosis*, *La pérdida de la realidad...* delimita como conducta normal a una que sea intersec-

ción de la neurótica con la psicótica. Dado que si se constituye la realidad, es porque se la ha perdido, en un tiempo lógicamente previo; así, toda realidad es una reconstrucción —¿no sabíamos, congruentemente, que el objeto es «reencotrado?»—, lo cual no arroja al yo al contacto inmediato y privilegiado con aquélla, sino que lo subordina como efecto de una mediación. Mediación que no puede llamarse sino con el término que FREUD usa aquí: lo «simbólico» (58). En efecto, por lo simbólico es que la realidad es perdida, y por él es sustituida. Recordemos la referencia de *Neurosis y psicosis*: si la realidad es función del superyó *, y el superyó hereda al Edipo, la realidad es mediada por éste, y por eso es simbólica, no empírica. El «acceso» a la realidad es vía instancia parental (superyó) o, más específica y anagramáticamente, paternal (ideal del yo) —cap. III de *El yo...*—; por eso, está de antemano perdida **. Además, ¿qué se «toma» —identificación— de la instancia parental? No el «como ellos son», sino su superyó; por eso es válida la tesis de la obediencia generacional retroactiva —*Totem y tabú*—, antes que la creencia marxista que abona la exclusiva determinación del *Träger* por parte de la actual coyuntura de la infraestructura socio-económica (59). Por otro lado, ¿no cabe pensar que el síntoma es conducente del recupero de realidad —psíquica— que lo reprimido perdía? En este punto la precisión de FREUD es notable: si hay fuga —como la hay— en el síntoma, no es de «aquello de lo que el yo se defiende, de

(*) Coherente con el *Abriss*, donde se lee: «el superyó sigue cumpliendo para el yo el papel de un mundo exterior, aunque haya devenido una pieza del mundo interior» (*AE*, tomo XXIII, pág. 208).

(**) Resulta fructífero poner en relación lo aseverado, con una cita que, llamativamente, el posfreudismo —sector «yoico»— omite al recordar unilateralmente que el núcleo del yo es P-Cs. Figura en un texto «menor» de FREUD, *El humor* (1927), y reza así: «Este yo no es nada simple, sino que alberga como su núcleo a una instancia particular, el superyó, con el que confluye muchas veces a punto tal que no podemos distinguirlos entre sí, mientras que en otras circunstancias se separa tajantemente de él» (*AE*, tomo XXI, pág. 160).

aquello que no quiere ver» —lo reprimido—, sino que es fuga de la obediencia inicial represora o, dicho de otro modo, desobediencia al imperativo de la realidad por la que el superyó aboga. Reitero, entonces, lo apuntado en la revisión del *Proyecto*: ¿génesis histórica del yo, antes que fóbica?

Inhibición, síntoma y angustia conforma un texto que estimo conducente aparecer —opositivamente— con el *Abriss*. ¿Por qué? Porque en este último —tal como vimos sucedió con *Introducción* y con *El yo...*— no se encuentra escrito el concepto de síntoma, sino tan sólo una vez, la suficiente para ilustrar que el «yo fortalecido» es aquel sometido a la transferencia, en función de la cual el analizante se pone sano en apariencia, por amor al analista (60). Fuera de esta descripción fenomenológica, pues, el concepto síntoma, su procesamiento teórico, desaparece. ¿A qué atribuirlo? No meramente a que se trate de un «curso de repaso» para estudiantes avanzados», según lo quiere STRACHEY (61), sino a que constituye otro «libro del yo». Por lo tanto, no hay síntoma, porque el yo es síntoma, a diferencia de lo planteado en *Inhibición, síntoma y angustia* que, ya desde su título, compendia la operancia primordial a la cual nuestro campo refiere.

De ahí que del yo, FREUD predique su continuo —y eficaz— ingurgitarse el síntoma, en tanto lo enlaza y lo sostiene también para que sirva de cauce al cumplimiento ínsito a la tensión que su servicio de la pulsión de muerte contempla necesariamente. Línea de la autopunición que, desde el *Proyecto* y la *Interpretación*, hemos destacado; entonces, ¿qué «organización» nombra al yo? Digamos, con FREUD, cuándo el yo «muestra su pobreza»: en el caso en el cual, permaneciendo ligado al ello, no es diferenciable de éste, o en aquel otro en que se separa del ello en virtud de la represión. Se capta que reprimir es, a un tiempo, un acto narciso-tanático, en la medida en que tal fortaleza represora debilita los presuntos po-

deres del yo. Si el «curso de repaso» entroniza —para una lectura literal— al yo como centro, o dice proponerse su fortalecimiento, repito que debe leerse como un texto que, perdiendo al síntoma por el yo, dice del «núcleo» de éste, en tanto síntoma. Mas lo verdaderamente productivo del *Abriss* se encuentra, a mi juicio, en otra parte, a saber, en la exhaustividad y originalidad que dimanan del capítulo llamado *El aparato psíquico y el mundo exterior*. Allí puede calibrarse al «último» FREUD, a aquel que insistía en indagar la naturaleza del yo según se le revelase en otro lugar que en las psiconeurosis: esto es, en la perversión, y en la psicosis. Ya que, siendo «libro del yo», de éstas debe tratarse. Y, en efecto: la pormenorización que efectúa sobre la *Ichspaltung* permite cuanto menos —así lo expuse años atrás (62)— dilucidar dos tipos de fetichismos, en función de la coalescencia, o no, entre escisión del yo y renegación. Se sabe que estos dos conceptos usualmente se dan por coimplicados de modo forzoso; ahora bien, el *Abriss* constituye el lugar *principes* de la obra freudiana que desacredita tal presurosa juntura concebida como universal. Entonces, ¿puede pensarse que el tradicional tríptico que encuadra esta problemática —a más del capítulo de marras, los textos *Fetichismo* y *Escisión del yo...*— daría cuenta de la incipiente mudanza de FREUD en pro de una nueva tóptica? Reputo aventurado responder por la afirmativa; más bien, creo que encarna el remate —conclusivo y coherente— del «análisis del yo», cuya contracara sería la «psicología del yo», a que FREUD también alude. Sí, a que alude en las *Nuevas conferencias*, luego de haber aseverado en *El malestar...* lo siguiente: «Normalmente no tenemos más certeza que el sentimiento de nuestro sí mismo (*Selbst*) *, de nuestro yo propio. Este yo nos aparece autónomo, unitario, bien deslindado de

(*) ¿Cómo es que este planteo ha podido ser ignorado por «restauradores del *self*» que se reclaman de FREUD? Tal el caso de KOHUT, cuya crítica diseñé poco tiempo ha (63).

todo lo otro. Que esta apariencia es un engaño, que el yo más bien se continúa hacia adentro, sin frontera tajante, en un ser anímico inconsciente que designamos "ello" y al que sirve, por así decir, como fachada: he ahí lo que nos ha enseñado —fue la primera en esto— la investigación psicoanalítica, que todavía nos debe muchos esclarecimientos sobre el nexo del yo con el ello» (64). Es clave a mi juicio, esta distinción entre el vivenciado sentimiento de sí (mismo) —el de *Introducción*— y el yo, cuya estructura operante no es del orden del sentimiento. En todo caso en el yo, no en el *Selbst*, hay algo —nos enseña FREUD— que no es apariencia, que no es engaño, que no es sustitución: es la angustia, que no miente, y por eso avasalla. Lo cual poco y nada tiene que ver con autonomía alguna; inversamente, comporta desvalimiento ante la emergencia de esa señal indicativa de la acción de una instancia a otra.

Reproduzcamos, ahora, algo también clásico: frente a la señal —que lo es de una situación de peligro—, el yo pone en acción las defensas. Exacto símil militar, por cuanto ilustra —desde *Inhibición...*— aquello de que se trata: de la defensa de una «posición» (65) de lo reprimido, para lo cual todo tipo de *camouflages* subjetivos son considerados como igualmente valederos. *Besetzung* (ocupación) defendida que insiste en resistir, ya que así, aventando la castración, deja pasar el representante de la representación que, a cara descubierta, sería descubierto. Función del yo, claro, en la formación del síntoma, en la defensa del síntoma, en la resistencia a la curación del síntoma (más allá de la necesidad de castigo). Este es el sitio —teórico-clínico— en que detectamos, por otra parte, cuándo FREUD escribe «adaptación»*: lo hace al referirse a la secundaria del yo respecto del síntoma (66); por eso, a ningún analizante ca-

be adaptar, ya que precisamente esa es su problemática, la de hallarse demasiado bien adaptado al desorden que denuncia, según acuñase ejemplarmente LACAN glosando el «alma bella» hegeliana (67).

Análisis terminable e interminable lanza al centro de nuestra atención la temática de la «alteración del yo». No nueva ni mucho menos ya que, como puntualiza STRACHEY, hay menciones intermitentes a ella, principiando por la correspondencia a FLIESS (68); empero, la novedad del planteo radica, entre otros aspectos, en cómo FREUD `sindica al «yo normal» en tanto una «ficción ideal» (69) —ficción no a la usanza benthamiana—, en la medida en que el yo de la «persona normal» se aproxima «al del psicótico en esta o aquella pieza, en grado mayor o menor», lo cual dará cuenta de la respectiva y singular «alteración del yo». Entonces, esta alteración resulta planteada en tanto universal, por un lado, y en tanto definiente de un yo que antes que unitario, es aprehendido teóricamente a la manera del «pieza a pieza», por el otro. Consecuencia inexorable para la clínica es que la resolución de un cierto conflicto en modo alguno catapulta la viabilidad «contagante» hacia la resolución de otros, puesto que se requiere su análisis «uno por uno». Punto de calibre mayúsculo que estimo traza un abismo infranqueable entre el psicoanálisis y las psicoterapias que procuran el fortalecimiento del *Selbstgefühl* como puerta de entrada resolutive —dicen— a una suerte de teoría del dominó psicocurativo. Ahora bien, ¿qué es la alteración del yo? No otra cosa que el inexorable proceder defensivo, en lo tocante a sus consecuencias yoicas. Al respecto, resulta interesante advertir, como luego de citar el libro de ANNA, FREUD grafica la operancia defensiva por medio de un símil nuevamente escriturario y «censurador»; desde *Interpretación*, la comparación —que dice por esa vía un concepto, y no que «ilustra» un concepto previo— con la censura insiste en su reverberación. Aquí, para dar cuenta de la articulación de la represión con los otros mecanismos, el apó-

(*) Concepto que obvia STRACHEY en el índice analítico de *Inhibición...* Me pregunto: ¿por qué no le dio su justo lugar? Dado que está completamente omitido de su *General Subject Index...*

logo ahonda en precisiones sobre la época de los copistas —el libro, uno por uno...— y de los procedimientos utilizados para ocultar la ejecución de la censura, procedimientos que rematan sea en una desfiguración evidente, sea en una falsificación lisa y llana. El autor y la verdad quedan a un lado; sin embargo, la genialidad del maestro vienés exprime con fecundidad el símil al dar a entender que el caso que elige es el de una censura de efecto retardado —o sea, no retroactiva—. El libro circuló, se censuró y luego se supo de este acontecer; pues bien, la acción omitente, desfigurante, falsificante, concluye en una alteración del yo (70). Por obra y gracia, todo ello, de un transcurrir textual: el yo, alterado aquí y allá, en esta pieza y en aquélla. Efecto insoslayable de las defensas, que resultan ser, junto con piezas del yo, no pasaderas de palabras.

Para finalizar, querría detenerme en un punto que dejé deliberadamente para este instante: el *Wo es war...* que la inteligencia de LACAN lanzó varias veces a la consideración de los analistas con acentos definidos e imborrables. Por lo mismo creo no oportuno abundar en sus conocidas

postulaciones, sino más bien procurar un efecto de conocimiento adicional respecto de la frase siguiente escrita allí por FREUD, vale decir, la de la desecación del Zuider Zee. Que es metáfora conceptual —repito: y no analogía imagénica— en lo atinente a las metas del análisis según se desprenden de su postulación de la segunda tópica. Pues bien, hete aquí que la primera tópica —su meta: hacer (pre) consciente lo inconsciente— también lleva una metáfora acuática adosada: cegar lagunas mnémicas (71). Claro, si del «cegar lagunas» imaginarizamos que lo obtenido es una superficie térrea homogénea, sin fisuras, se dirá —como se dijo— que tal período de FREUD era su momento «intelectualista», del cual el *Wo...* constituiría su superación. Si, por el contrario, el «cegar lagunas» se simboliza desde el Zuider Zee, comportará entonces ganarle tierras a la naturaleza por medio de un «trabajo de cultura» (72). Donde laguna mnémica era —¿es?, ¿no es?—, desecación del Zuider Zee debe advenir —¿adventará?—. Esta última glosa condensa —al modo del *Witz*— lo que aquí intenté exponer respecto del yo en las tópicas freudianas.

BIBLIOGRAFIA

N.B. —Las menciones a los textos de FREUD corresponden todas ellas a la edición de *Obras Completas*, de AMORRORTU, Buenos Aires, 1978-82, que abreviaré *AE*, indicando título —si fuese necesario—, tomo y página.

(1) REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la Lengua Española*. Espasa-Calpe, Madrid, 1970, páginas 441 y 593. El subrayado es mío.

(2) S. FREUD: *La interpretación de los sueños*. *AE*, tomo V, pág. 508.

(3) — *AE*, tomo XIV, pág. 74.

(4) D. RAPAPORT: «La autonomía del ego», en R. P. KNIGHT (comp.), *Teoría psicoanalítica*. Hormé, Buenos Aires, 1961, págs. 45 y ss.

(5) R. HARARI: *Del corpus freudo-lacaniano*. Trieb, Buenos Aires, 1981, pág. 149.

(6) S. FREUD: *AE*, tomo I, pág. 353. Subrayado en el original.

(7) J. LACAN: *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. El Seminario, libro 2*. Paidós, Barcelona, 1983, pág. 165.

(8) — *Op. cit.*, pág. 166.

(9) S. FREUD: *AE*, tomo I, pág. 364. Subrayado en el original.

(10) — *AE*, tomo I, pág. 373.

(11) — *AE*, tomo I, pág. 373. Subrayado en el original.

(12) — *AE*, tomo I, pág. 377. El subrayado es mío.

(13) — *AE*, tomo I, pág. 386.

(14) K. LEVIN: *Op. cit.*, págs. 164-165.

(15) — *Op. cit.*, págs. 71-73.

(16) S. FREUD: «Reseña de August Forel, *Der Hynotismus*», *AE*, tomo I, pág. 105.

(17) — *AE*, tomo I, págs. 429-430.

(18) J. LACAN: *Op. cit.*, pág. 220.

(19) S. FREUD: *AE*, tomo V, pág. 550.

- (20) — *AE*, tomo IV, pág. 328. Subrayado en el original.
- (21) — *AE*, tomo V, pág. 599.
- (22) — *AE*, tomo V, pág. 569.
- (23) — *AE*, tomo V, pág. 546.
- (24) — *AE*, tomo V, pág. 496.
- (25) — *AE*, tomo XIV, pág. 88.
- (26) — «El creador literario y el fantaseo». *AE*, tomo IX, pág. 132.
- (27) — «Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis)». *AE*, tomo XXII, pág. 215.
- (28) — «Personajes psicopáticos en el escenario», *AE*, tomo VII, pág. 277.
- (29) — «Introducción del...» (*cit.*), pág. 97.
- (30) — *AE*, tomo XIV, pág. 91.
- (31) J. LACAN: «Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano», en *Escritos I*, Siglo XXI, México, 1976, pág. 328.
- (32) S. FREUD: *AE*, tomo XIV, pág. 91.
- (33) — *AE*, tomo XIV, pág. 97.
- (34) J. LACAN: *El yo en la...* (*cit.*), pág. 148.
- (35) S. FREUD: *AE*, tomo XIV, pág. 94.
- (36) — *AE*, tomo XIV, pág. 94.
- (37) — *AE*, tomo XII, pág. 228.
- (38) — *AE*, tomo XIV, pág. 133.
- (39) — *AE*, tomo XIV, pág. 133.
- (40) J. LACAN: «Introducción y respuesta al comentario de Jean Hyppolite sobre la "Verneinung" de Freud», en *Escritos 2*, Siglo XXI, México, 1975, págs. 130-159.
- (41) J. HYPOLITE: «Comentario hablado sobre la "Verneinung" de Freud», en J. LACAN, *Escritos 2* (*cit.*), págs. 393-401.
- (42) S. FREUD: *AE*, tomo XIX, pág. 255.
- (43) — *AE*, tomo VI, págs. 246-247.
- (44) J. LACAN: «Conférences et entretiens dans des universités nord-américaines». *Scilicet*: 6/7. Seuil, Paris, 1976, pág. 37.
- (45) S. FREUD: «La descomposición de la personalidad psíquica». *AE*, tomo XXII, pág. 53.
- (46) — *AE*, tomo XVIII, pág. 43.
- (47) R. HARARI: *El objeto de la operación del psicólogo*. N. Visión, Buenos Aires, 1976, págs. 54/62.
- (48) — «Sintagmas cristalizados», en I. DE KRELL (comp.), *La escucha, la histeria*. Paidós, Buenos Aires, 1984, págs. 58/68.
- (49) S. FREUD: *AE*, tomo XIX, pág. 26.
- (50) — «Esquema del psicoanálisis», *AE*, tomo XXIII, pág. 160.
- (51) J. LACAN: *Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse. Le Séminaire, livre XI*. Seuil, Paris, 1973, pág. 71.
- (52) S. FREUD: «Psicología de las masas y análisis del yo». *AE*, tomo XVIII, pág. 101.
- (53) — «La descomposición...» (*cit.*), *AE*, tomo XXII, pág. 53.
- (54) — *AE*, tomo XIX, pág. 56.
- (55) — «Pulsiones y destinos de la pulsión». *AE*, tomo XIV, pág. 123.
- (56) — *AE*, tomo XIX, pág. 57.
- (57) — *AE*, tomo XIX, pág. 158.
- (58) — *AE*, tomo XIX, pág. 197.
- (59) — «En torno de una cosmovisión». *AE*, tomo XXII, pág. 165.
- (60) — *AE*, tomo XXIII, págs. 175-176.
- (61) J. STRACHEY: «Nota introductoria al "Esquema del psicoanálisis", de S. Freud». *AE*, tomo XXIII, pág. 137.
- (62) R. HARARI: «El fetichismo de la torpeza». *Imago*: 5. Letra Viva, Buenos Aires, 1977, páginas 108-121.
- (63) — «El analista restaurante (Acerca de *self*, yo y sujeto)», en Fundación del Campo Freudiano, ¿Cómo se analiza hoy? Manantial, Buenos Aires, 1984, págs. 160-169.
- (64) S. FREUD: *AE*, tomo XXI, págs. 66-67.
- (65) — *AE*, tomo XX, pág. 94.
- (66) — *AE*, tomo XX, pág. 95.
- (67) J. LACAN: «La cosa freudiana o sentido del retorno a Freud en psicoanálisis», en *Escritos 1* (*cit.*), pág. 158.
- (68) J. STRACHEY: «Nota introductoria a "Análisis terminable e interminable", de S. Freud», *AE*, tomo XXIII, págs. 214-217.
- (69) S. FREUD: *AE*, tomo XXIII, pág. 237.
- (70) — *AE*, tomo XXIII, págs. 238-239.
- (71) — «Conferencias de introducción al psicoanálisis». *AE*, tomo XVI, pág. 396.
- (72) — *AE*, tomo XXII, pág. 74.

RESUMEN

Se aborda la evolución — en el sentido de «desarrollo o transformación de las ideas o teorías» — del concepto del yo en la obra de FREUD a través de una lectura de la misma que pretende producir un mínimo de sentido «novedoso». Se propone para ello una aproximación a los textos, opuesta a la ideología «evolutiva» que enfrenta el joven FREUD al FREUD de la madurez, que intenta — como parte de la empresa de «volver» a FREUD — que pretende aplicar a la obra del creador del psicoanálisis los principios inaugurados por ella.

SUMMARY

This paper reviews the evolution —«development or transformation of ideas o theories»— of the concept of *self* in FREUD's works, through a reading of those that tries to make some «new» sense. Otherwise, it proposes a way of understanding FREUD's writings, opposed to the «evolutive» ideology that situates the young FREUD versus the mature FREUD, that tries to apply the principles that those open to the works of FREUD.

PALABRAS CLAVE

Psicoanálisis; Yo.

KEY WORDS

Psychoanalysis; Self.